

Humanismo y mundo moderno

Los ideales y las formas de vida de la humanidad están siendo gravemente zarandeados en el momento presente por la aparición de un conjunto de factores nuevos: toda una serie de logros tecnológicos, que van a ser de inmediata aplicación a gran escala — la masiva utilización de la energía atómica, la automatización en la industria, la aplicación de la cibernética en los campos de la producción, de la información y de la organización, las nuevas posibilidades de la medicina, la conquista del espacio, etc. — permiten prever un rápido y radical cambio de los hábitos de vida y de pensamiento de los humanos. Voces apocalípticas o mesiánicas clamarán que estamos asistiendo al fin de una civilización o al nacimiento de otra.

Es natural que esta conciencia de novedad y de cambio nos afecte particularmente a los que creíamos conveniente fomentar una postura espiritual de mirada hacia el pasado, fundados en la convicción — o al menos en la esperanza — de que el pasado del hombre es capaz de iluminar su presente y ayudarle a descubrir y estimar un sistema de valores de validez sólida. Ésta se puede decir que ha sido esencialmente la postura humanista: se daba por admitido que no había que acudir al pasado en busca de técnicas, métodos o procedimientos, pero sí en busca de lo que podían ser valores y fines últimos, o ideales de vida humana.¹ Hasta hace muy poco, era relativamente frecuente oír todavía fervorosas profesiones de fe en la validez de unos principios de vida individual y comunitaria que se decían derivados del humanismo greco-romano. Espero que no estaré cometiendo un fatal pecado de *hybris* si me atrevo a constatar que hoy día nos encontramos con que los fundamentos de aquella fe están a los ojos de las gentes totalmente minados, y que esto nos coloca a nosotros, liturgos de la fe humanista, en una innegable posición de incomodidad, cuando no de desasosiego desesperado. En nuestros conventículos todavía intentamos a veces reanimarnos contándonos mutuamente nuestros pequeños éxitos proselitistas en un mundo declaradamente infiel al humanismo. Pero si optáramos por ser simplemente sinceros admitiríamos que el humanismo de inspiración clásica — porque han nacido además otras muchas "sectas" humanistas — ha pasado de ser inspiración universal de la cultura de occidente, a ser una minúscula secta ignorada del mundo, cuyos miembros podemos hacer generosos esfuerzos por mantener un indiminuido fervor, pero que sólo a fuerza de idealismo iluso podemos pretender influenciar con nuestro *kerygma* a un mundo determinado a no hacernos caso.

Voy a dejar oír la voz de uno de los profetas del momento, que resonaba

1. Cf. L. GOLDMANN, *Ciències humanes i filosofia*, Barcelona, 1966, p. 11.

estentórea en los últimos meses. J. J. Servan-Schreiber dijo en unas declaraciones a la prensa:

"Fui al *Polytechnique* porque es una de las buenas escuelas de formación intelectual en Francia. Me parece que uno de los defectos de Francia... consiste en un exceso de formación literaria. En la política o en la prensa francesa suele haber gente principalmente formada por las letras, el derecho o la historia, pero casi siempre carente de formación científica, y esto los prepara mal para comprender los problemas modernos. Y me parece que una de nuestras mayores dificultades—ya que es común a todos los países latinos—es precisamente este exceso de formación literaria, y casi diría de formación romántica. Esto conduce a concebir el futuro como una prolongación del pasado..."²

Al hablar así, Servan-Schreiber es portavoz de una mentalidad casi universal: por esto sus profecías han hallado un eco tan resonante. Los demás elementos de su mensaje profético son de todos conocidos:

"En un medio internacional dominado por la economía de los EE.UU., el progreso de nuestra industria depende, ante todo, de nuestra capacidad de invención, de innovación y de mejoramiento tecnológico."³

"De ahora en adelante, pesa la buena gestión: el grado de crecimiento anual de la economía constituye una medida universalmente aceptada. La necesidad de mantenerse por encima de un cuatro por ciento de crecimiento anual se ha convertido en un primordial imperativo político. Tiene el don de la sencillez y una ventaja inédita en el universo político: se expresa en cifras. Menos del cuatro por ciento es el fracaso; más allá del cuatro por ciento es el éxito."⁴

Éste es un lenguaje que entienden y aceptan sin pestañear nuestros contemporáneos, no las disquisiciones de aquel terco idealista griego que escribió toda una obra en diez libros arguyendo que el objeto de la política era la justicia, y que ésta no podía alcanzarla a conocer y administrar más que el filósofo. El objeto de la política es ahora una cosa mucho más clara: un cuatro por ciento de crecimiento anual; los métodos para alcanzarlo están perfectamente determinados: una gestión eficiente, dinámica y decidida—*management*, lo llaman—servida por estos fabulosos instrumentos que son los computadores, capaces de darnos en un momento un *planning* perfecto, en el que se han tenido en cuenta millones de datos incidentes. No es de extrañar que los rudimentarios métodos del humanismo, con su laborioso esfuerzo filológico por comprender un poco la vida de los hombres del pasado, con la ilusión de sacar de ello un poco de luz para la vida del presente, han de aparecer a los hombres de la época tecnológica como torpes balbuceos de un primitivismo prehistórico.

"*Historia magistra vitae*", decía el ingenuo humanista. Solamente en un pasado laboriosamente conocido a través de textos literarios y de monumentos fragmentarios encontraba él un panorama humano con suficiente perspectiva como para que pudiesen manifestarse en él las líneas estructurales básicas del ser humano. Pero la era tecnológica tiene infinitas posibilidades de análisis, colección y manipulación de datos sobre las formas de conducta humana del

2. *Gaceta Ilustrada*, 25 febrero de 1968, página 20.

3. J. J. SERVAN-SCHREIBER, *El desafío americano*, Barcelona, 1968, p. 177.

4. *Ibid.*, p. 271.

hombre del presente, hasta el punto de poder presentar un cuadro aparentemente mucho más completo de la realidad del hombre que el que fatigosamente procuraba construir el humanista. Son las técnicas múltiples de estudio psico-sociológico y los computadores los que ahora son maestros de la vida. Diríase que el interés por el conocimiento "diacrónico" del hombre ha sido avasallado por las posibilidades de conocimiento "sincrónico" del presente.

El progreso tecnológico ha sorprendido al hombre actual con su vertiginoso avance y con su deslumbradora brillantez, haciéndole sentir angustiosamente la inadecuación de la mayoría de las estructuras mentales básicas de tipo social, político, religioso o simplemente cultural que maneja en su vida ordinaria. Se ha producido un *gap*, un desfase entre el avance tecnológico y toda la esfera de valores que gira alrededor de él, y las posibilidades de realización y de expresión de toda una serie de valores humanos más fundamentales que nos afectan con peculiar intensidad. Vivimos en un mundo de medios técnicos novísimos y fabulosos, pero con viejísimas e inadecuadas posibilidades de concepción y expresión de todo lo que son valores, ideales y formas básicas de vida humana. En esta situación no es de extrañar que muchos piensen que la historia pesa demasiado sobre nosotros, y que la sientan como algo constringente, oprimente y aplastante. Esto provoca los intentos de rebelión con respecto al pasado, tan característicos del momento actual. Así lo ha visto otro de los profetas del momento, T. J. Altizer, el profeta de la "muerte de Dios":

"Si el pensamiento está realmente enajenado de la sociedad, entonces el primer movimiento del pensamiento ha de ser la negación de la sociedad... Actualmente la tarea del pensamiento es la negación de la historia, y en particular la negación de la historia creada por el hombre occidental..."⁵

Pero en realidad, nadie se libera del peso de la historia rebelándose simplemente contra ella, como nadie se libera del suelo que le soporta con sólo patear contra él. Hace ya tiempo que pensadores perspicaces nos enseñaron que la única manera con la que el hombre puede verdaderamente liberarse de su pasado es asumiéndolo, aceptándolo como verdaderamente suyo y haciéndose así señor de él. H. I. Marrou, un gran humanista, lo expresó en forma particularmente feliz:

"La toma de conciencia histórica realiza una verdadera catarsis, una liberación de nuestro inconsciente sociológico, un poco análoga a la que en el plano psicológico quiere obtener el psicoanálisis... En uno y otro caso observamos el mecanismo, a primera vista sorprendente, por el cual "el conocimiento de la causa pasada modifica su efecto presente". En uno y otro caso, el hombre se libera de su pasado, que hasta entonces pesaba sobre él de una manera oscura; y esta liberación se hace, no por el olvido, sino por el esfuerzo por reencontrar el pasado y asumirlo con plena conciencia, de suerte que pueda integrarse."⁶

Queda así esbozada una de las tareas que parece debiera asumir el humanismo en la era tecnocrática: la de ayudar al hombre a comprenderse desde su propio pasado, que pesa angustiosamente sobre él como un fantasma informe y desco-

5. T. J. ALTIZER - W. HAMILTON, *Teología Radical y la muerte de Dios*, Barcelona, 1967, p. 31.

6. H. I. MARROU, *De la Connaissance Historique*, París, 1955, p. 273.

nocido; ayudarle a asumir su pasado, pero para superarlo. Tarea no fácil: porque el pasado —subconsciente social—, como el subconsciente individual, es objeto de represiones irracionales y no es fácilmente admitido y reconocido.

Desde otro punto de vista, el humanismo se enfrenta con la sociedad tecnológica a causa del pragmatismo característico de ésta. Oigamos a otro de los profetas de la era tecnológica, Harvey Cox, el profeta de "La ciudad secular":

"El hombre urbano y secular es pragmático. Según el diccionario esto significa que se preocupa 'por las cosas prácticas y materiales', y se interesa por 'la realización efectiva de un plan en la práctica'. Se entrega a la resolución de problemas concretos, y se interesa en lo que puede conducir a que realmente se haga algo. Tiene poco interés en lo que se han llamado 'cuestiones fronteras' o consideraciones metafísicas."⁷

Nadie negará que estas líneas describan algo muy propio de nuestro tiempo: si se quiere, es lo que ya Marx clamaba cuando decía que se había acabado el tiempo de hacer esfuerzos por comprender el mundo y lo que había que hacer era transformarlo. El hombre humanista, tiende a pensar que lo difícil e importante es más bien el momento teórico, el de la comprensión del sentido del mundo, concebida como algo previo a la praxis. El hombre tecnológico, en cambio, quiere lanzarse lo más directamente que pueda a la praxis, que se constituye, a través de sus propios éxitos y fracasos, en guía de sí misma. El pragmatismo del momento actual es, por otra parte, hasta cierto punto explicable: nace del cansancio y agotamiento que produce una cierta conciencia de frustración en el intento de alcanzar una visión teórica suficientemente clara y vigorosa de lo que es el hombre y el mundo. Sin ambages hay que admitir que las promesas del humanismo se han cumplido sólo de una manera muy parcial y menguada, mientras que la tecnología presenta éxitos innegables y palpables. Es el momento del "fracaso de las ideologías" y las filosofías, y del triunfo de las técnicas pragmáticas. Así lo predica el profeta de "La ciudad secular":

"En la época de la ciudad secular, las cuestiones que nos preocupan tienden a ser principalmente funcionales y operacionales. Nos preguntamos cómo puede el poder ser controlado y usado de manera responsable, cómo un orden internacional razonable puede formarse a partir de la comunidad tecnológica en la que nos hemos visto arrojados; nos preocupa cómo la magia de la ciencia médica puede aplicarse hasta sus últimas consecuencias, sin crear una población mundial que esté constantemente al borde del hambre. Se trata de preguntas pragmáticas, y nosotros somos hombres pragmáticos..."⁸

Cansado de buscar, sin acabar de hallarlo, un sentido totalitario del mundo y de la vida, el hombre moderno abandona la búsqueda y se deja seducir por el éxito más fácil del hallazgo de una utilidad o satisfacción de apetencias más inmediatas. Desde la perspectiva humanista esto es, evidentemente, una claudicación, una devaluación de la calidad humana, una renuncia a una meta sublime para abandonarse a una facilidad estrecha. El mundo ha perdido el

7. H. Cox, *The Secular City*, New York, 1966, p. 62.

8. *Ibid.*, p. 80-81.

idealismo ambicioso y juvenil: se siente cansado y aviejado, y se entrega a las concretas comodidades de la edad madura.

Es lo que nos venía a decir el profeta Servan-Schreiber al proclamar como suma meta política un determinado tanto por ciento de crecimiento económico anual: todo se reduce a la posibilidad de disfrute generalizado de una determinada proporción de bienes materiales, que queda automáticamente asegurada mientras se mantenga ese tanto por ciento de crecimiento.

Sin embargo, el mismo Servan-Schreiber es demasiado inteligente como para no intuir que las cosas humanas pueden no ser tan sencillas. Después de haber preconizado que la tasa anual de crecimiento ha de ser el fin de toda política, tiene la ingenuidad de confesar:

“Un crecimiento rápido y duradero es el punto de partida de toda política interior y exterior. No es, evidentemente, un fin en sí. Como todo culto rendido abusivamente a los medios (sean éstos la libre empresa o el plan, la estabilización monetaria o la expansión), la religión del crecimiento conduciría al olvido de los hombres y de sus necesidades.”

“Los rusos — escribe Galbraith — quieren tener más, porque nosotros tenemos más que ellos. Pero debemos preguntarnos por qué nosotros queremos más. Para esto, es preciso que tengamos una razón mejor que el solo deseo de conservar la ventaja sobre ellos...”⁹

Parece que, por más que se haga, no se puede a la larga escapar a la necesidad de buscar últimos fines. ¿Cómo habrá que buscarlos? En otro lugar dice el mismo autor:

“La finalidad de este sistema (de planificación económica), no puede ser la de ahorrar al gobierno y al parlamento las opciones políticas: ningún cálculo permite determinar objetivamente si vale más emprender un programa de recuperación escolar o un programa de investigación espacial. Las grandes opciones seguirán siendo de competencia de la convicción...”¹⁰

El politécnico Servan-Schreiber no puede evitar la confesión de que hay opciones que sólo el hombre puede hacer, y sólo las puede hacer en virtud de unas convicciones, más allá de los dictámenes de los ordenadores electrónicos. En otro lugar proclamará que en el mundo de los ordenadores, el trabajo llamado de *software*, que es el trabajo de la inteligencia humana que alimenta, programa y pregunta a la máquina, es más importante que el trabajo de *hardware* — literalmente, “cacharrería” —, es decir, el trabajo de la máquina misma. Y he oído decir que las grandes compañías americanas buscan para el trabajo de *software* preferentemente jóvenes formados en las carreras humanísticas de Oxford y de las universidades tradicionales de Europa. Después de todo, quizá llegará a reconocerse que el pragmatismo no puede prescindir del humanismo, simplemente porque la satisfacción de las necesidades concretas e inmediatas no libera al hombre de la necesidad de preguntarse sobre los fines últimos. Ésta es una esperanza que los humanistas tenemos buenos motivos para seguir alimentando, aun en la fiebre pragmática de la era tecnológica.

Perspicuos observadores descubren ya en la sociedad actual síntomas de que los hombres ya no están satisfechos con sólo logros técnicos y crecimiento

9. *Loc. cit.*, p. 272.

10. *Ibid.*, p. 303.

económico, y empiezan de nuevo a buscar ideales humanos y principios de vida. Para referirnos a un testigo de excepcional calidad, A. J. Toynbee ha visitado recientemente Norteamérica, y ha analizado los fenómenos sociales que allí ocurren en un sentido que bien puede ser correctivo del optimismo tecnocrático de Servan-Schreiber. Toynbee ha descubierto que las jóvenes generaciones de Norteamérica "detestan" los valores por los que han vivido sus padres, se preguntan por qué hay que hacer del "ganar dinero" el fin de la existencia. Toynbee cree haber comprobado que el optimismo económico y tecnológico de América se está hundiendo: los americanos empiezan a sentir en su propia carne y sangre y con peligro de sus vidas que hay cosas, como las brutales tensiones raciales o el sentido de la guerra de Vietnam o el fantasma del hambre de dos terceras partes del mundo, que no pueden resolverse sólo por la técnica de computadores, sino que requieren ante todo la creación de actitudes humanas radicalmente nuevas.¹¹ Todo esto puede darnos motivos razonables para pensar que la postura humanista tiene todavía una tarea que desempeñar en la anunciada era tecnológica.

Sin embargo, hemos de evitar el caer en un fervor humanista demasiado ingenuo. Los profetas de la era tecnológica tienen su buena parte de razón al predecir que se darán tales cambios en las formas de existencia humana, que la continuidad con el pasado, sin poder jamás romperse del todo, se sentirá cada vez más como algo débil y remoto. En otras palabras, hemos estado viviendo durante unos tres mil años en una civilización relativamente homogénea y unitaria dentro de una línea de progreso constante, que se ha manifestado en formas que van desde la polis primitiva a la moderna concepción política, desde la invención de la moneda y la afirmación de la propiedad privada hasta las actuales estructuras capitalistas, desde el descubrimiento de la escritura, la filosofía y la ciencia, hasta la moderna civilización del libro y de la técnica. Probablemente los cambios que se van a producir masivamente en la era tecnológica, serán tan rápidos y tan profundos que provocarán una conciencia de particular discontinuidad con este pasado homogéneo. Es posible que en un tiempo relativamente breve todo lo que durante siglos ha configurado nuestras concepciones de la política y la convivencia humana llegue a ser casi ininteligible o irrelevante para el hombre de la nueva era. Es posible que los nuevos medios de archivo, manipulación y comunicación de información lleguen a desguazar todas las formas hasta ahora conocidas de comunicación y de expresión por medio de la palabra oral y escrita. Nosotros pertenecemos todavía plenamente a la civilización del libro: pero tal vez no sea del todo utópico pensar en una civilización en la que el libro, la revista o el periódico serán antiguallas arqueológicas que se guardarán en los museos como curiosidades. Cuando los conocimientos almacenados ahora en millones de volúmenes impresos queden concentrados en aparatos electrónicos que podrán ser cómodamente consultados desde cualquier lugar del planeta y de los espacios extraplanetarios por superteléfonos de bolsillo sin hilos... ¿qué sentido podrían tener las publicaciones impresas que ahora conocemos? ¿Qué revolución impondría esto en los métodos de estudio? Los hombres de la civilización del dato electrónico y de la imagen televisada, ¿serán capaces de gozar "leyendo" a Homero, Shakespeare o Dostoyewski? ¿No nos dicen ya ciertos educadores que la generalización de

11. *Life*, Atlantic edition, 8 de enero de 1968, p. 45 ss.

la televisión ha afectado notablemente la mentalidad de las jóvenes generaciones, que ya no parecen reaccionar igual que las generaciones precedentes a los tradicionales métodos pedagógicos?

Tal vez alguien pensará que hablo así sólo porque me divierte la ciencia-ficción. En realidad quiero insinuar muy en serio que parece preverse una ruptura o un cambio mucho más radical que cualquiera de la historia precedente en las formas de vida humana, y que considerando el punto tendencial — y proporcionalmente la realidad de la dinámica del momento actual — hacia donde se mueve nuestra civilización, se puede prever que la función del humanismo clásico como principio informador de unos ideales de vida será cada vez más reducida, mientras que se acentuará cada vez más su carácter de curiosidad arqueológica.

Sin embargo, aun en la nueva sociedad tecnológica seguirán vigentes una serie de valores humanos creados y desarrollados por la civilización grecorromana: será el precipitado simplemente humano de esta civilización, purificado de componentes históricos circunstanciales. En el proceso de depuración de este precipitado es, precisamente, donde se corren graves riesgos. Hemos de guardarnos de que puedan perderse definitivamente auténticos valores conquistados con gran dificultad; pero hemos de guardarnos igualmente de tener una concepción demasiado fixista del hombre, y de creer que es propio del hombre como tal lo que tal vez sólo puede ser propio del hombre de una determinada circunstancia histórica. Es posible que los avances tecnológicos transformen de tal modo las condiciones de existencia humana que de hecho llegue a darse como una para nosotros "nueva naturaleza" de hombre, es decir, un hombre mucho más radicalmente distinto de lo que ahora seríamos capaces de concebir. La tentación del humanista puede estar en no acabar de admitir esta radical novedad hasta sus últimas consecuencias, empeñándose en defender que es parte de la naturaleza humana en cuanto tal lo que tal vez sólo podría ser parte de la naturaleza humana pretecnológica. Esta tentación ha acechado desde siempre a los humanistas. Servan-Schreiber recoge con evidente complacencia el momento en que Simone de Beauvoir — a quien uno no calificaría precisamente de integrista — cede ante ella:

"Socialistas o capitalistas, en todos los países el hombre es aplastado por la técnica, arrancado a su trabajo, encadenado, embrutecido. Todo el mal deriva de que ha aumentado sus necesidades, cuando habría debido reducir las. En vez de aspirar a una abundancia que no existe y que tal vez no existirá jamás, hubiera debido contentarse con un mínimo vital, como lo hacen todavía algunas comunidades muy pobres — en Cerdeña o en Grecia, por ejemplo — donde no han penetrado las técnicas y que no han sido corrompidas por el dinero. Allí la gente disfruta de una felicidad austera, porque han sido preservados ciertos valores, valores verdaderamente humanos, de dignidad, de fraternidad, de generosidad, que dan a la vida un sabor único..."¹²

Este pseudohumanismo de nostalgia por unos valores más o menos primitivos me parece sumamente superficial e ingenuo, como todos los humanismos primitivistas y ruralistas, a lo Lanza del Vasto. No es posible hacer andar hacia atrás el reloj de la historia. Me parece que estos falsos humanismos nacen de una con-

12. Cit. por SERVAN-SCHREIBER, *loc. cit.*, p. 294.

fusión entre lo esencial y lo accidental: desde luego son muy de estimar los valores humanos que conservan ciertas comunidades miserables, pero no hay que implicar que esos valores sean tales y sean conservados precisamente por la miseria de tales comunidades. Lo que hay que hacer es ver cuáles son los valores humanos análogos en una sociedad de consumo industrializada, y ver cómo pueden ser conseguidos y conservados en ella. Puede ser que en la sociedad tecnocrática ya no tenga sentido la "austera felicidad" de los míseros campesinos y pescadores de Cerdeña, o de los pastores de Teócrito — felicidad que, por otra parte, es tal vez más ficción idealizada de poetas y literatos que realidad vivida —; o que en una sociedad con estructuras socioeconómicas muy desarrolladas se llegue prácticamente a la abolición de las clases sociales y quede sin sentido casi todo lo que Tucídides, Platón o Aristóteles pudieron pensar sobre política; o que la era de la electrónica y de la imagen televisada pierda la capacidad de gustar la poesía de Píndaro o de Safo. Muchos de los ideales que el humanismo había defendido durante siglos pueden simplemente desvanecerse ante nuevas formas de vida. Pero permanecerá como principio indeclinable de una actitud humanista la preservación de la esencia humana que estaba más allá de todos aquellos ideales concretos, la raíz que los sustentaba todos, a saber, la afirmación del hombre como ser espiritual y libre, con capacidad de conocer y deleitarse en la verdad y de amar y gozarse con el bien. Lo que ha de asegurar el humanismo es que en los progresos tecnológicos el hombre siga siendo hombre: que no se convierta en esclavo o juguete de las fuerzas materiales, sino, al contrario, que se mantenga señor de ellas y las ponga al servicio de lo que auténticamente sea bien para él. No hay por qué soñar nostálgicamente en la austera felicidad de los pastores sicilianos, sino que habrá que pensar qué es lo que tiene que hacer el hombre para mantener su libertad en la civilización de consumo, sin hacerse esclavo de la publicidad o de los que dominan en provecho propio los medios de comunicación. Habrá que pensar cómo podemos efectivamente a compartir todos los bienes de la tierra entre todos los hombres, sin barreras de razas ni fronteras geográficas, en vez de crear artefactos destructores para atemorizarnos mutuamente. Habrá que preocuparse de que en la era tecnológica el hombre sea más hombre, y menos fiera, menos pieza de una máquina: que no se disuelva en los monstruosos apetitos de su egoísmo, o en la fuerzas liberadas de la materia, sino que mantenga su libertad y las exigencias de su condición espiritual, buscando siempre la verdad y el bien, aunque esta verdad y este bien aparezcan concretados en fórmulas muy distintas de las que conocieron nuestros antepasados sometidos a los ideales y a las condiciones de vida de la civilización grecorromana. Habrá que luchar para que la ciencia y la técnica no lleguen a destruir por completo la "sabiduría", sino que se pongan al servicio de la misma, y para que la máquina no llegue a anular la inteligencia y la libertad. En cierto sentido se trata de un problema más que viejo. Platón parece haber sentido ya una inquietud análoga a la del momento presente cuando manifestaba sus temores de que la invención de la escritura llevase a un embrutecimiento de los hombres, quienes confiarían al papel muerto lo que, según él creía, debía estar siempre vivo en la misma inteligencia del hombre. En realidad la historia muestra que la escritura "muerta" no ha hecho sino potenciar las posibilidades reales de la inteligencia "viva". Seguramente no será mera ingenuidad esperar que suceda algo análogo con los ordenadores como instrumentos al servicio de la inteligencia y de la sabiduría.

Todavía hay otros indicios esperanzadores: la civilización de la automa-

ción y del consumo será también, según sus profetas, la civilización del ocio extendido a las mismas masas. ¿No era el "*otium cum dignitate*" una de las formas esenciales en que se expresaba una actitud humanística? Aun sin necesidad de llegar a las interpretaciones exageradas de la historia antigua que nos han dado recientemente historiadores socializantes a ultranza, no se puede negar que en buena parte el humanismo fue un lujo que disfrutaron primordialmente unos pocos, a costa de la miseria de otros muchos: tal vez ahora, por fin, "los muchos", gracias a la técnica, que fue en definitiva posible a partir de la civilización humanística, llegarán a disfrutar de la plenitud de los bienes de esta civilización. Los que hasta ahora no podían ocuparse más que en el duro trabajo con el que conseguían alimentar apenas su vida corporal, podrán tal vez dedicarse a cultivar también la vida del espíritu. Curiosamente, los periódicos informaban no hace mucho de que en Suecia se había doblado en un año el número de los estudiantes que optaban por el latín en los estudios medios; y la razón de ello parece estar en que, frente al avance de las técnicas, se siente una verdadera necesidad de ocuparse en lo que es más humano y puede proporcionar los placeres más hondos del espíritu. Afortunadamente hay buenos indicios para esperar que, aun en la era tecnológica, el hombre no se resignará a dejar de ser hombre y, consiguientemente, no desaparecerá la esencia de la actitud humanista, aunque en sus formas concretas el nuevo humanismo aparezca como muy distinto del que había tenido vigencia durante siglos.

JOSÉ VIVES, S. J.